

ánccora

LUIS FERRERO

Definitivamente 1989 es el año de la escultura. Al fin los escultores se decidieron a desgarrar un prolongado silencio coartante y hacen sentir de nuevo su valía. Hasta el momento son varias las exposiciones individuales y colectivas que el público ha disfrutado y con gran expectativa se anuncian otras.

Una de estas es la de Jorge Benavides. En la Galería de Arte del Banco de Costa Rica exhibe varias obras. Y allí brilla con la técnica de la talla directa en mármol y madera. Por tanto, al disfrutar sus obras se siente el gozo de las superficies pulidas que preservan para los ojos la calmada contemplación del placer luminoso y la tersura de la vibración de la piel como si uno la tocara.

Fiel a la tradición escultórica de su Heredia nativa, él nos lleva a las últimas décadas del siglo XIX con las estatuillas en mármol que solía tallar Francisco Durini, a su vez inspiradas en el neoclasicismo. Nos lleva también a las expresiones deudoras a la sensibilidad artesanal popular. Y de nuevo surge la pregunta: ¿Qué misteriosa fuerza hay en el suelo herediano para cuajar en tantos escultores?

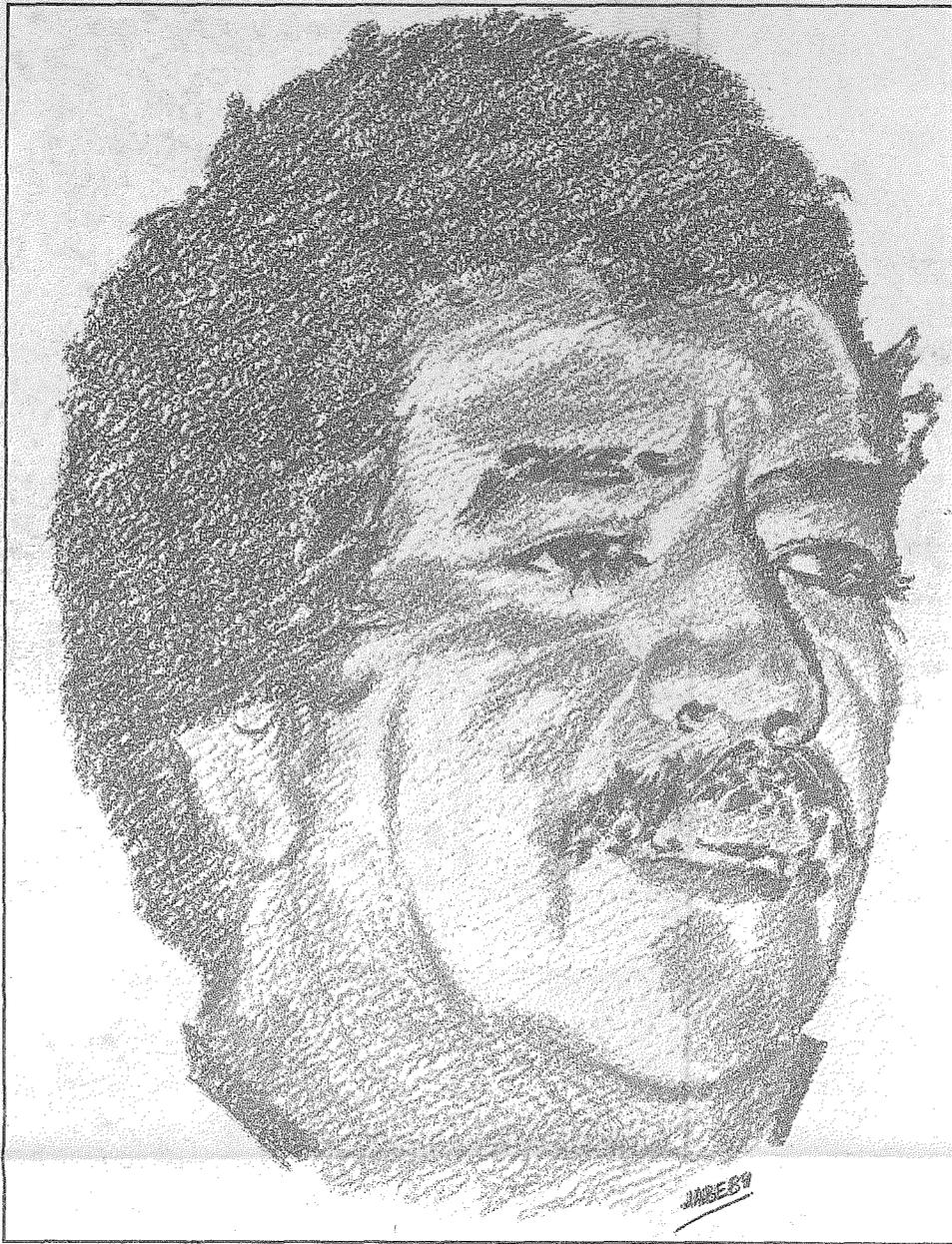
La obra de Benavides nada tiene que ver con el arte de las galerías que alimentan el gusto minoritario. El de él es un arte que se acerca al ser humano. Que no debe nada a conceptualizaciones intrincadas. En sus obras no existe la novedad sin raíces, carente de valor aunque se elaboren teorías exhaustivas acerca de su significación. En su arte uno encuentra aquello que puede remover los sentidos y enriquecer nuestra sensibilidad. Es un lenguaje claro y sencillo que establece una vinculación entre el artista y el contemplador, porque el realismo es su lenguaje directo.

Benavides se considera medievalmente un artesano. Pero él enlaza al artesano y al creador. Exalta las posibilidades del material que trabaja y se expresa con emoción y honestidad brotadas desde adentro. Presenta una mujer dormida, un anciano, un torso fuerte, una sirena, una mujer agachada. Y junto a los sensuales desnudos femeninos nos da en un precioso trozo de caoba a un joven y en cocobolo a un cogedor de café.

Quizás lo anterior se deba a la honda raíz campesina que tiene un origen límpido y que lo lleva a no dudar en representar al campesino estoico, a la cogedora de café, al antiguo panadero con su canasto de pan matinal. Y esto complace porque vívidamente lo propio, sentido y válido, responde primero a las características regionales. Y cuanto más ahonda en sus raíces, más universal es su significado. Y esto se contrapone a lo internacional que implica una pérdida de identidad y el sumergirse en una masa amorfa.

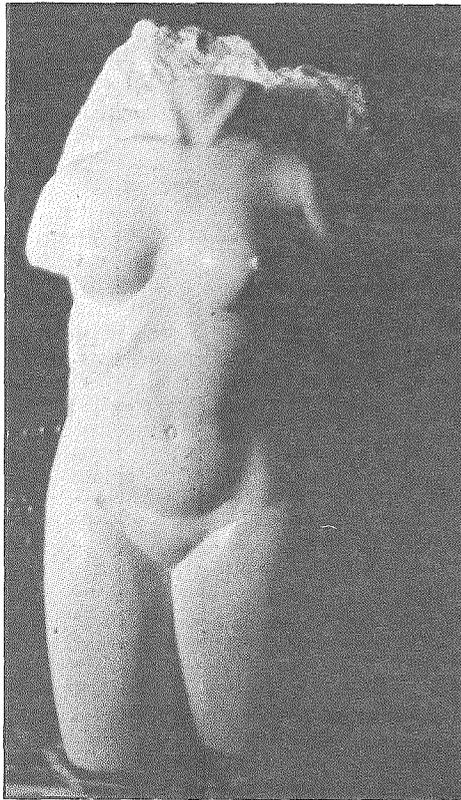
A propósito de realismo, en esta caótica época de cambios, se siente que ahora lo revolucionario en arte es el realismo, porque la abstracción se está convirtiendo en académica. Se repiten abstracciones que se internacionalizan, anulándose a sí mismas. Por realismo no pienso en el naturalismo ni en una copia servil de la naturaleza, que poco tiene que hacer en el arte. Pienso en las características regionales y culturales que —en el caso costarricense— demuestran que la escultura es el arte que mejor define lo nacional, y no la pintura.

Hay en el costarricense una concepción tridimensional cuyas raíces vienen desde el mundo precolombino. Quizás por eso la escultura es el arte que mejor define el carácter "cerrado" de su arte que en nada se parece,



Jorge Benavides, visto por su hijo Angel.

Jorge Benavides y la escultura



Torso en mármol.

por citar algún ejemplo, al nicaraguense o al panameño que son nuestros vecinos más inmediatos. En términos generales el tico es más ciego para la luz y el color, en cambio es más sensible a los volúmenes. Y esto se sigue notando a pesar de que nuestros pintores últimamente se han desnacionalizado, se han atomizado en proposiciones formales y conceptuales. Sobre todo muchos jóvenes pintores que han provocado una ruptura y confían sobre todo en el color. Ellos han puesto sus empeños en seguir miméticamente los últimos dictados que ven en la revista "Arts News" o que aprecian en galerías comerciales cuando viajan al extranjero. Muchos pintores jóvenes se han internacionalizado pues lo que producen carece de raíces que vinculen su obra a un entorno. En términos generales, su obra se ha convertido en objeto de comercio para coleccionistas recién afiliados, por eso más parecen obras neoyorquinas de última moda que costarricenses.

En cambio, entre los escultores se nota una mayor solidez con las raíces. Aunque asimilen enseñanzas de grandes corrientes artísticas mundiales, no rompen con la tradición sino que se empeñan en acrecentar y enriquecer el legado con nuevas sensibilidades. Aunque en sus obras se sientan resabios de las tendencias universales, hay en ellos un intangible espíritu muy nuestro. Hay en ellos una sabiduría artesanal que les viene de la talla directa que obliga a conocer cómo resolver en el bloque de granito o de madera fibrosa, o cómo modelar en la arcilla los planos, las concavidades, los agujeros, el balance de todas las partes, el peso de los volúmenes en relación con los espacios vacíos. Es decir, el sentido de la composición en una obra que puede llevar al asombro, al gozo o al terror. Es decir, cultivan un arte que no está enajenado por la búsqueda de la novedad sin raíces profundas, sino al arte que pueda remover poderosamente los sentidos y pueda enriquecer nuestra visión futura. En términos generales, están más interesados en recuperar valores humanos que en buscar valores estéticos estudiados. Están más interesados en un arte que pueda ser claro para todos, un arte con un lenguaje de fácil comprensión. Con ideas claras, llenas de valores humanos, para que el contemplador pueda encontrarse a sí mismo con dignidad.

Las anteriores son algunas confrontaciones que me han surgido cuando apreciaba las obras de Jorge Benavides y las comparaba mentalmente con las obras pictóricas que últimamente he visto.

Con su exposición, Benavides robustece la tesis de que la escultura es la que todavía define al arte costarricense, en la que aún están vivos los ideales estéticos precolombinos, con los de la imaginería y con los del Grupo de la Nueva Sensibilidad, mal llamado Grupo o Generación Nacionalista. A ellos hay que añadir los nuevos aportes estilísticos y tecnológicos, así como los estéticos, que han enriquecido todos los nuevos escultores surgidos después de la publicación de mi libro *La escultura en Costa Rica* (ECR, 1973). Tan valiosa es esta contribución de los jóvenes escultores que ahora la estoy estudiando con ahínco para preparar una nueva obra que testimonie ese poder creador.

Hora es de señalar que el escultor Jorge Benavides no es un novato. Había mostrado su obra en exposiciones colectivas y en cuatro individuales. También ha ejecutado varios bustos que enriquecen algunos jardines públicos.

¡Gracias escultor por el gusto de contemplar tus mármoles y tus maderas talladas! Así se hace y se engrandece la patria.